JENARO GARCIA YRIGOYEN

AROMAS Y JAZMINES



MOTIVOS Y MOVILES

Esfuerzo de síntesis, afán por caracterizar una época, y dentro de una época un momento y dentro de un momento, un personaje, quien a su vez reconcentra y explica el momento y la época. No otra cosa ha motivado este ensayo.

Un nuevo remache en los clavos de las letras y de las artes, con el íntimo deseo de que el edificio de la civilización no se desintegre y no sucumba el progreso. He aquí el origen del ingenuo entusiasmo que me sirvió de móvil.

La senda está desbrozada. Síganla nuevos "adelantados" de más fortuna. Como toda primicia al presente trabajo no lo acredita ningún valor intrínseco. Tu lo sabes muy bien, ilustre y viejo Patriarca de las Letras Nacionales. Acójalo tu eopíritu con esa benigna sonrisa que te distinguía, y no desdeñe tu sin par ironía el esfuerzo que entraña. Que sea Don Ricardo Palma, el más humilde y espontáneo de los homenajes que se te prepara en el primer centenario de tu nacimiento.

Lima, febrero de 1933.

EL AUTOR.

I

En el estrado de la confortable cuadra de la casa de la condesa de Portobello, se hallan reunidas, un grupo de matronas de la nobleza colonial. Bajo un techo de cedro primorosamente tallado, con los zapatines de raso casi perdidos en una espesa alfombra de Cotahuasi, y arrellanadas en confortables sofás y sillones, tapizados de damasco carmesí, platican en ruedo, la condesa vda. de Portobello, doña Trinidad Pérez de Morales de Manrique de Cuellar; su hermana Jacobita; su prima la marquesa de Sotoameno; la anciana condesa de San Lorenzo de las Villas; Doña Petronila de Arancibia, esposa del Oidor Erriberri; y la mimosa y bella Mariquita, única luz que ilumina y alegra la viudez de la dueño de casa.

Sobre una mesita de caoba con incrustraciones de nácar y oro, descansan dos abanicos de encaje y barillaje de marfil y un fanal de cristal blanco que todavía no alumbra. Dos grandes ven-

tanas enrejadas permiten que penetre en la severa estancia, el perfume de las diamelas, jazmines y madreselvas que crecen en el patio y la matizada luz de un crepúsculo poético. Tenues rayos, ora escarlatas, ora amarillos, ora violados, caen sobre los óleos de cuerpo entero que adornan las paredes del salón. Un soplo de vida ilumina la cara de caballeros de pelucas empolvadas y de matronas lujosamente ataviadas, los colores de sus casacas y vestidos se intensifican, y ya parece que las señoras y caballeros que antecedieron a las presentes, van a tomar parte en la conversación de las matronas.

.....—Sí, Doña Petita, mi Juan me decía siempre de la corrección de su hermano. Si hemos de creer al Padre Baltasar, los hijos son lo que sus padres, y Martín será lo que fué el suyo; decía Doña Trinidad a la esposa del Oidor.

—¿Y cuándo lo tendremos por acá a ese muchacho?—preguntó la condesa de San Lorenzo de las Villas.

—Probablemente el martes, tía. La goleta "Infante Carlos" llegará el lunes al anochecer, según he sabido — contestó la Condesa.

—No es por irte a la contra, Trinidad — terció la hermana de la condesa — pero no es de mi agrado este acontecimiento. Huésped en casa

de viuda con hija, es mal agüero—e hizo un remoquete la tía Jacobita.

Iba a contestar la condesa, cuando la interrumpieron el toque del Angelus que daba la cercana campana de la iglesia de San Pedro, y la cavernosa voz de la condesa de San Lorenzo de las Villas, que dijo:

—Niñas, a rezar y encomendemos a la Virgen a los caminantes y navegantes y Dios disponga lo demás; y tú, pimpollo, ven adonde tu abuela...—y arrodillándose en el suelo, acto que todas imitaron, hizo coro en la salutación vespertina a la Virgen.

Terminada la oración, se levantaron las damas y la condesa de San Lorenzo de las Villas, pretextando tener que recogerse temprano, se dispuso para irse.

—Espérate, tía, un ratito. Mariquita, vé, que traigan la mixtura.

Salió al momento Mariquita, enredándose en el faldellín de seda granate que mal podían dirigir sus torneadas piernecitas y volvió al punto con una mulata esbelta y arrogante, de edad más o menos igual a la de la condesita, y que ostentaba saya de color azul marino, protuberantes senos mal disimulados por un rebocillo de cambray rojo y las seis trencesitas de su cabe-

llo adornadas con cintajos, aromas y jazmines. De uno de sus hermosos brazos, cautivos de mil pulseras, pendía una vistosa canastilla, bellamente adornada y llena de la mixtura que acababa de dejar la mixturera, la que en horas vespertinas ponía una nota musical en las calles, con su agudo pregonar:

"Aromas, jazmines..."

—Amita — dijo débilmente la mulata.

—Rosalva, acércate. Vé, Mariquita, dale a tus tías la mixtura.

Y sin hacerse de rogar, cogió Mariquita la canastilla, la colocó sobre la mesa, quitó la manteleta de encaje que la cubría, y después de aspirar el delicioso perfume que trascendía de la canasta y lanzar un gracioso "¡Ay! ¡Qué rico!", fué sacando varias hojitas de parras, llenas de aromas, jazmines, naranjitas de Quito, tumbos, capulíes, malvitas de olor, ñorbos, y todo lo que formaba la clásica mixtura, y se las fué poniendo en las manos enmitonadas de cada una de las señoras.

—Dios te lo pague con creces, vida mía, por lo bien que sabes servir a tu abuela.

—Gracias, hijita.

—Gracias, Mariquita.

—¡Qué delicia me das, hija mía!

Terminado el reparto, se despidieron las señoras. Doña Jacobita se escabuyó por una puerta excusada y la condesa viuda y su hija pasaron a la terraza interior para rezar en compañía de los criados el santo Rosario cotidiano.

II

Corría el bienio de 1797-1798. Reinaba en España la Católica Majestad de Carlos IV, y gobernaba estos reinos del Perú, el Excelentísimo Señor Ambrosio de O'Higgins de Ballenar, Barón de Ballenari, Marqués de Osorno.

En las cercanías de Badajoz, capital de la provincia extremeña de este nombre, se levanta desafiando al tiempo, una mole de piedra que termina en un torreón almenado. El herrumbre ha barnizado los fierros de sus tragaluces y ventanillas y el musgo, favorecido por la humedad, va tapizando las piedras de su base. Sobre el remachado portón de la entrada, ostenta el escudo de los señores Manrique de Cuellar: un castillo de oro en campo de gules, circundado de flores de lis.

Esta es la cuna de don Juan Manrique de Cuellar, Caballero de la Montesa, quien pasó al

Perú con el fin de reforzar su escarcela, malgastada en amoríos juveniles, y, quien, una vez asentado el juicio y servido a su Rey con empleos y comisiones que le valieron el condado de Portobello, casó con Doña Trinidad Pérez de Morales, dama de rancia estirpe, como hija que era del Marqués de la Fuente-bella.

Acrecentada su nombradía con el condado de Portobello, Don Juan resolvió establecerse en Lima y abandonar a su hermano segundón Martín, la casa-solar de los Manrique de Cuellar de Badajoz. ¿Qué le podía importar a Don Juan, poseedor de una casa en Lima, ricamente amueblada y alhajada, de dos haciendas de panllebar en Cañete, de 70 fanegadas, con 53 "piezas de ébano" (esclavos) avaluadas en más de 20,000 pesos oro, amén de minas en Huancavelica y de una casa-huerta en la Magdalena; un solar medio ruinoso, estrecho, húmedo, y unas cuatro o cinco fanegas de tierra, pobre y agotada? No le atraían ciertamente al conde los aires extremeños, que patria más rica y próspera encontraba en esta nueva Castilla de oro, prolongación de España, en los mares del Pacífico.

Y fué en esta tierra, que le brindara, título, riquezas y honores, donde vivió don Juan lleno de comodidades largos lustros, hasta que una pul-

monía, que cogiera al retornar de su hacienda — cuatro años hacía — separara su alma de su cuerpo, llevando a la primera al purgatorio, y al segundo a reposar a un hermoso sepulcro de piedra, que había hecho tallar en la Capilla de los Dolores del templo de San Francisco de Lima, a la que había dotado espléndidamente y de la que era patrono y fundador.

Pocos años sobrevivió a su hermano en España, el segundón Don Martín, quien casado con una hidalgüela casi menesterosa de Badajoz, pasó su vida entre el cultivo de sus trigales y el retoñar de sus viñas, intercalado con el corrillo a la salida de la misa parroquial y una que otra "escapadita a la Corte" para "ver cómo anda eso". Sólo un hijo le dió su esposa y éste que recibió en la pila el mismo nombre de su padre, fué criado en el mayor engreimiento. La juventud de Martín se deslizó de travesura en travesura, guardan las calles de Badajoz el recuerdo de sus mataperradas: la instrucción escasa apenas fructificó en él; y cuando le llegó la hora del juicio, se encontró sentado en el poyo de la entrada de su derruído solar, sin padres, sin dinero, con el corazón hastiado de la vida, el alma embotada de placeres instantáneos, y sin una meta, sin un norte, sin un ideal.

La tarde bonancible iba muriendo; el sol ya ausente había dorado el espacio, la brisa movía las copas de los olmos y abetos, que circundaban la casona, golondrinas y jilgueros volaban piando y gorjeando, y a lo lejos, la campiña mostraba las doradas espigas del trigo, semejando un mar de oro, que armonizaba bellamente con el cielo, también en esos momentos áureo.

Martín contemplaba el espacio meditando. ¿Seré lo que mi padre?, pensaba. ¿Cultivaré el trigo de mis campos? ¿Buscaré una compañera que alegre la soledad de estos espesos muros? ¿Perpetuaré el nombre de Martín en esta casa?.... Un silencio extraño en su conciencia le contestaba negativamente. No; no era aquella la vida que él ansiaba llevar, no podía él nunca esclavizarse en un pueblo, determinarse a dar un paso de tanta trascendencia, para que después, una esposa y unos hijos abandonados, faltos de amor paternal, hambrientos quizá, maldijeran su nombre. No, él no formaría familia en España. El necesitaba otros horizontes, requería otros medios, ansiaba darse buena vida, vivir.

Fué entonces cuando surgió en su mente la idea de América, de esa edénica América, esperanza e ideal de tantos locos y palpitantes corazones, sueño e ilusión de tantas fantasías román-

ticas y poéticas; y como en Martín, extremeño de sangre de los Pizarros, Corteces y Balboas, la idea se convierte instantáneamente en acción, el proyecto quedó aprobado, las cavilaciones desechadas, y la resolución lista para convertirse en realidad. Iría a América, se hospedaría en la casa de la viuda de su tío, se informaría de la fortuna de ésta que por referencias sabía que era cuantiosa, le propondría su administración, se haría rico, conocería a su prima, se enamoraría tal vez, y con todo ello, quién sabe si vendría la felicidad.

Al día siguiente la carta anunciadora de su decisión era despachada para Lima; un mes después, el contrato de arrendamiento de su hacienda quedaba formalizado; y dos meses más tarde se embarcaba Martín en la goleta "Infante Carlos", que en 120 días debía conducirlo a las tropicales y ansiadas playas del Callao.

III

Un crepúsculo maravilloso, en el cual el divino pincel había estampado los matices y combinaciones más admirables, fué el primer saludo que recibió Martín al llegar al Callao. Las mansas y azuladas aguas de la abierta bahía rivalizaban en serenidad y belleza con las del más bello lago de Italia; la isla de San Lorenzo, totalmente dorada, parecía una isla de oro; y la costa, limitada por cerros, que teñidos de morado, parecían sembrados de violetas, presentaba una serie de casitas de oro, intercaladas con altas palmeras de esmeralda. Por detrás de los morados cerros y a poca altura, iba ascendiendo una inmensa y dorada luna llena.

El espectáculo era maravilloso. Era el crepúsculo más bello que en su vida había visto Martín, quien, cruzados los brazos entre los pliegues de su amplia capa de tartanela azul permanecía

extasiado, anonadado, con las órbitas desmesuradamente abiertas, semejando una estatua colocada en el puente de la goleta. De estatura mediana, metido en carnes, ni moreno ni rubio, sus rasgos acusaban la nobleza de su origen. Su naríz aguileña y borbónica, hacía juego con su barba ligeramente puntiaguda, y con las profundas entradas que en su castaña y ondulante cabellera, anticipaban una calvicie prematura. Era el tipo perfecto del español fino y buenmozo.

Una vez en tierra firme, a la mañana siguiente, las impresiones gratas se sucedían para Martín. El Callao, con su población animada y parlera; la campiña perennemente verde; la hermosa carretera que acababa de inaugurar el Virrey O'Higgins, sombreada en toda su extensión por álamos, sauces y laureles; el villorrio de La Legua, con su Virgen venerada y su tambo tentador, donde hasta los soldados caen; la visión de Lima, la "tres veces coronada ciudad de los Reyes y Virreyes", desde Mirones, espectáculo grandioso que muestra a la "Perla del Pacífico" replegándose orgullosa y coquetona, sobre las faldas de su celoso guardián, el cerro de San Cristóbal, mostrando sus innúmeros y esbeltos campanarios que relucen como joyas de oro; después las huertas innumerables de los extramuros

de la ciudad, donde lúcumos, chirimoyos y pallillos, alternan con guayabos, ciruelos y moreras, y por último las murallas con sus bastiones y la portada del Callao, con sus tres puertas, sobre las cuales ostenta las armas de España, con la inscripción "Imperante Carolo IV" y los escudos de la ciudad y del Tribunal del Consulado que costeó la obra. Allí lo espera la blasonada calesa de su tía:

—Que tenga Usía, buenos días, nuevo amito — díjole Jerónimo, el zambo calesero de la condesa, al apearse del caballo para abrirle la diminuta puertecilla de la calesa o balancín. — Mi ama, la señora condesa, que Dió guarde muchos años, me manda que me ponga a las órdenes de su mecéd.

Subió Martín, contestando el saludo del calesero, y acto seguido empuñó éste las riendas, y las dos enjaezadas mulas que halaban la calesa, empezaron a arrastrarla. Pesado se hacía el recorrido por las angostas y empedradas calles. Sentado sobre el morado terciopelo del banco de la calesa, Martín iba excrutando los sitios por donde pasaba. La ciudad se le presentaba atrayente y simpática. Zaguanes de artesonados techos, con poyos de piedra; patios espaciosos con floridos jardincillos, donde primaban, los jazmi-

nes, los aromos, los diamelos, los naranjos y las madreselvas; ventanas enrejadas y balcones volados de madera tallada que parecían encajes de Flandes, donde escondían aún más si cabe, su recato picaresco, las "tapadas"; e iglesias en cada esquina, y frente a cada una de ellas, la correspondiente plazuela, con su farolillo de fierro, y su pilón de piedra, con un surtidor de agua, límpida y pura.

Frente a la iglesia de San Agustín, de maravilloso pórtico churrigueresco de piedra esculpida, Martín hizo detener la calesa. Ahí se intensificaba el tráfico bullicioso de la ciudad. Ya era un mendigo de altivo y filosófico talante y luenga barba blanca, que vestía un capuchón negro y calaba un birrete de paño raído, que no pedía, sino exigía una limosna, y que en vez de un "Dios se lo pague", o "Muchas gracias", respondía con frases como ésta: "Más goza de la grandeza el que sabe contemplarla, que el que puede gozarla". Ya era el arriero, tocado con sombrero de paja piurana y llevando un "poncho" de lana parda, que zurraba a más no poder al cargado borrico. O también llamaba su atención el vocerío de los negros esclavos al ruedo de la pila, o el agudo pregonar: "¡La frutera! ¡Qué rica piña, casero!" de la elegante zambita, que luciendo un palmito

de primavera, mal disimulado con un rafajo de vivos colores, tentaba al más recatado, con la guinda de sus labios o con el azabache de sus ojos. Así analizando la fisonomía propia de la ciudad, iba Martín, hasta que la calesa dobló la calle de Plateros de San Pedro y se detuvo ante la casona del conde de Portobello, en cuyo frontis de piedra tallada, aparecía acrecentado el escudo de los señores Manrique de Cuellar.

La recepción que se le hizo al recién llegado, fué fría y familiar al mismo tiempo; fría por la ceremoniosa reverencia de los pajes a la entrada, por la reserva un tanto orgullosa de la noble condesa, por la indiferente y casi irónica mirada de la tía Jacobita, y por el disimulado rubor de Mariquita, que inquiría y excrutaba cuando no era mirada; y cariñosa al mismo tiempo, por las amables frases de Doña Trinidad, por el ambiente familiar en que se le recibía, y por un no sé qué, que desde la primera impresión produce la simpatía.

El contento de Martín aumentó a la hora de la cena, cuando llegaron los invitados de la condesa, quien suspendía el duelo que aun guardaba, por el difunto conde, para presentar al sobrino recién llegado. Lo mejor del señorío de la capital: marquesas, marqueses, condesas, condes,

oidores, caballeros, el dean, dos canónigos, fué-ronles presentados, por su tía la condesa, y como Martín, tenía para todos una frase amable, se captaba inmediatamente las simpatías generales. Inútil es decir que las felicitaciones y parabienes a la condesa se sucedían. La voz general era:

—Muy correcto, muy gallardo, muy Manrique de Cuellar. — Y todos comentaban el suceso.

Mientras matronas y caballeros hacían los honores al soberbio chocolate del Cuzco, que se sirvió en pesados y macizos pocillitos de plata, y al bizcochuelo de Huamanga, alfeñiques, mazapanes, imperialillos, llemecillas, y la mar de bocaditos de la veintena de monasterios de Lima, que negritos vestidos de libreas rojas, portaban en sendas bandejas de plata, Martín se acercó a su prima.

Esta era la sorpresa más grata que había recibido el recienllegado. La elegancia, la distinción, las maneras de su prima, subyugaban con sólo mirarla. Y ¿qué decir de su belleza, realzada esa noche con un elegantísimo vestido de seda rosa adornado con encajes habanos? Ligeramente morena, de cabellera ondulada y negra, de ojos de gitana y boca de maná, era limeña por sus cuatro costados, puesto que el cuarto lo tenía en coquetería inofensiva, gracia imaginativa, y

belleza ruborosa y cautivante. Martín quedó encadenado por sus hechizos, y acercándose, apenas si pudo decirle, que deseaba ser para ella, un verdadero hermano en quien debería confiar. Mariquita contestó con una sonrisa. En un ángulo del salón dormía desde la muerte del conde el teclado de un rico clavicordio. Hacia él se acercó la pareja. A los pocos momentos, al suave roce de los deditos de Mariquita, murmuraban las teclas suave melodía, y Martín cantaba con clara y bella voz el famoso madrigal de Cetina:

"Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay! ¡Tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos".

El duelo quedaba roto. La condesa autorizó el capricho de la niña. Y hubo música. A los pocos momentos, a los acordes del minué, danzaba Martín con Mariquita. Los puños de encaje de Flandes, que adornaban la morada casaca de ter-

ciopelo, que tan elegantemente llevaba Martín, encubriendo las manos, resultaban cómplices de un amor que nacía. En cambio los hermosos pendientes de corales con perlas que ostentaba Mariquita, delataban una nerviosidad extraordinaria en la niña, que no pasó desapercibida para la tía Jacobita, ni para el condesito de las Viñas, que estuvo esa noche con el "aire para el platanar", según los comentarios de la condesa.

IV

A la semana de haber llegado, empezó Martín a devolver visitas. Un jueves, por la tarde, escogió para ir adonde el marqués de Monterrico, con quien había simpatizado mucho.

Hallábase el marqués departiendo con el conde de las Viñas y con el hijo del Fiscal Berroeta, al ruedo de un tapete verde, sobre el cual movían a ratos los dados. Sobre una mesita, había una licorera de plata bellamente labrada. La tenue luz de un candil, apenas alumbraba la severa estancia, y, en la penumbra, aparecían más obscuros aún, los armarios tallados y los ricos bargueños que la adornaban. Los óleos que cubrían los muros, se poblaban de misterios, y los personajes que representaban, se desfiguraban apareciendo adustos y sombríos. Los bronces, los cofres de plata labrada, la floración de los dorados y churriguerescos marcos, a la luz del candil, brillaban fúnebremente.

—Ave María Purísima. Dios dé a sus mercedes largos y felices años de vida—dijo Martín al entrar en la estancia, al tiempo que entregaba su capa y su sombrero al paje que lo había guiado.

— Y a vos, señor Manrique de Cuéllar. A fé que me honra recibir en mi casa a vuestra merced. Bienvenido seáis;—contestó el dueño de la casa, invitándole asiento.

—¿Jugáis? Por lo visto es regalada la vida de esta corte. Amor, dinero, juego, ¿qué más desear?—argumentó Martín, sentándose.

—Razón tiene Vuestra Merced, que nuestra Lima, paraíso de mujeres y de goces es,—contestó el dueño de casa.

—Por algo rivaliza la ciudad de los Reyes del Perú, en el fasto y en el boato, con la corte del oso y del madroño—terció provocativo el conde de las Viñas.—A fé que no encontraría el Príncipe de la Paz, mejor Edén para calmar los nervios de "su" Doña María Luisa, que "La Perla del Pacífico".

—Dáis excesivo crédito, conde, a murmuraciones y chismerías de cortesanos rastreros. Doña María Luisa, merece nuestro acatamiento como soberana, y nuestro respeto como mujer honrada—exclamó Martín con fuerza, mirándolo de hito en hito.

—Traéis, señor hidalgo, humos de servilismo a la tierra de promisión. Sépa, Vuestra Merced, que en América, nosotros, los criollos, sabemos muy bien quién es Don Carlos IV, su señora Doña María Luisa y el Príncipe de la Paz—dijo con énfasis el condesito, sonriendo despectivamente.

—Y sepa el señor Conde, que un Manrique de Cuéllar, no tolera en su presencia, insultos a su soberano, que para algo su divisa, orgullosamente reza: "Por mi Dios y por mi Rey"—dijo Martín levantándose y empuñando la espada.

—Impórtame un bledo aquéllo, que no ha de hacerme cambiar Vuesañoría, el concepto que del Rey tengo.

—Me ofendéis conde. Vuestros yerros corren pareja con mis bríos; y mi espada lista está para demostrarlo.

—¡Listo también estoy!—exclamó el conde, poniéndose de pie— Como os dáis por ofendido, escojed hora y lugar.

Momentos después, salían los cuatro caballeros embozados en sus capas, precedidos de un esclavo que llevaba un farolillo encendido, para marcarles el camino.

Desiertas hallábanse las calles. Casi todos los portones de las casas permanecían cerrados.

La luna, plateaba la mitad de cada cuadra, y se miraba en el espejo de agua de cada acequia. Cruzaron la calle Mercaderes y entraron los caballeros en la Plaza Mayor. Varias calesas se alineaban delante del Palacio Virreynal. Había sesión de los consejeros del Virrey. Los caleseros, al ruedo de la hermosa pila de bronce, discutían. La fachada armoniosa de la catedral, bañada de luna, se perfilaba hermosísima. Bella fachada, femenina y graciosa como que es limeña.

Al llegar los caballeros al puente, daba la hora. Un sereno lo anunciaba, gritando con fuerza:

—Las 8 han dado. ¡Dios guarde al Rey.... y sereno......! Pasado el puente, doblaron hacia la alameda que se extiende a la ribera del rio. Era un sitio hermosísimo. Un celaje de púrpura, desafiaba a la noche, limitando el paisaje por Occidente. Las aguas del río Rímac, se arrastraban pesadamente, por su ancho cauce, dejando numerosos islotes donde crecían, fragantes y silvestres, los juncos. A lo lejos se abrían los seis ojos del puente de piedra, que hiciera construir el marqués de Montesclaros y que, según cuenta la tradición, se sorbió claras de huevos, por toneladas. En la otra banda, la ciudad y sus torres: bellas las de la catedral; macisas la de San

Francisco y San Pedro; esbelta la de Santo Domingo y graciosas las de San José de los Desamparados. La brisa traía desde lejos, el sonido de las campanas conventuales, que tocaban la queda. Llegaba la hora del reposo. La Lima de Pizarro, se entregaba, plácida y confiada a las delicias del sueño.

Mientras tanto, comenzaba el duelo de los caballeros. Centellear de espadas hábilmente manejadas. Chocar de aceros toledanos, que se cruzan velozmente. ¡Estoy herido!—grita de repente el conde de las Viñas y sangre roja, tiñe la alba manga de su camisa.

Suspendido el duelo, corren los caballeros a atender al herido. La herida es un rasguño, a Dios gracias. Se le aplica una venda. Los duelistas, cambian un apretón de manos, casi sin mirarse. El lance ha terminado. La honra de S. M. Carlos IV queda sin mancilla.

Al día siguiente, Lima entero, comentaba el suceso. La condesa supo por boca de Martín, que el duelo se había verificado, por defender la honra del Rey. La tía Jacobita, supo por boca de varias amigas, que la causa era los ojos de Mariquita. Pretexto y causa: he aquí dos cosas, que esa vez, como acontece siempre, se confun-

dieron. Por el pretexto o por la causa, lo cierto es que los galanes que frecuentaban la calle de la casa de Mariquita, brillaron por su ausencia desde ese día.

V

La semana santa se acercaba, trayéndole a la tía Jacobita, a más de preocupaciones sin cuento, cilicios, ayunos y otras penitencias. Muy de mañana hacía enganchar las mulas a la calesa y se trasladaba a los Descalzos. En tiempo de penitencia cambiaba de confesor. Su "padre" como director espiritual que era, tenía que cederle el campo a las severidades de Fray Inocencio, celebérrimo confesor y orador sagrado, que brilló por esas décadas. Por supuesto que preocupada, apenas si reparaba la tía Jacobita, en el cuadro bellísimo y singular que presentaba la florida Alameda de los Descalzos, en una suave y delicada mañanita de Abril. Quizá si hasta le parecía una herejía a la noble señora, que el cerro de San Cristóbal se tiñera en esos días de rosado, que la fuente murmurara al eco de las campanas y que el jilguero importunara con sus melodías. En cambio el mutismo filosófico de los pinos que bordeaban la Alameda, la blancura de

los muros conventuales, la hierática aptitud del Hermano portero en el que no hablaban sino las cuentas de su rosario al caminar, le inspiraban una sensación de alivio a su espíritu atribulado de penitente.

El día de los Dolores variaba el escenario pra la tía Jacobita. Todos sus afanes, toda su dedicación, volaba a la Magdalena Vieja, donde debía realizarse la procesión de su venerada y santa madre la Virgen de los Dolores, titular de esa Parroquia, y de cuya Archicofradía era Celadora Mayor.

Un día, verdaderamente atareado era el de los Dolores para la villa de la Magdalena Vieja. Como que era su festividad mayor. La iglesia parroquial, relicario del más hermoso e impresionante arte churigueresco, apenas podía albergar a la crecida concurrencia, que asistía a la Misa cantada que celebraba nada menos que el Arcediano de la Catedral de Lima. Una vez terminada la misa, y aprovechando que la concurrencia se trasladaba a la plaza del pueblo, a presenciar la lidia de gallos y la corrida de toros, la tía Jacobita se dedicó a dar los últimos retoques al anda de la Virgen, que debía pasear procesionalmente al medio día las calles de la villa. Y esto sí que era todo un trabajo. Que no terminaba la faena

sin que algún alfiler traidor equivocara su destino, y magullara sus marfileños dedos.

Este año las cosas no se presentaban muy bien. El hijo del Alcalde que había hecho de torero en la corrida, había sido herido de una cornada en el muslo. Los azafates portadores de flores, que seis esclavos debían sacar de la quinta condal, al paso de la procesión, no estaban al gusto de la "ñía Jacobita". Y para colmo de males, algunos de estos, abusando del permiso concedido para asistir a las fiestas populares de la mañana, se habían excedido en el uso de la "chicha" y embriagados y alegres habían improvisado una jarana en el huerto de la casona.

Este atentado en día de los Dolores no pudo tolerarlo la noble señora.

—Aplíqueles inmediatamente cinco severos azotes a cada uno de esos "heresiarcas", que si fiesta buscan en día santo encontrarán dolores. Y no los mandó al "rollo" por benignidad mía que bien merecían acompañar a nuestra Madre con lágrimas de sangre en su aflicción.

El mayordomo de la quinta, de los esclavos el más anciano y adicto a sus patronas, cruzó sus brazos sobre su verde librea, inclinó la cabeza y apenas osó balbucear:

—Será servida Usuría en el acto.

Y a la vuelta de unos segundos en uno de los corrales de la casa se improvisó una orquesta de alaridos y ayes, que se agudizaba a cada nuevo ramalazo.

Nerviosa la tía, ya no estuvo contenta. Arrebujada en su manto de encajes negros que le cubría media cara y todo el dorso, presenció arrodillada en torneado reclinatorio, desde una de las enrejadas ventanas de la casa, el paso de la procesión. Apenas si notó los regalos que a la Virgen habían hecho ese año las Cofradías de esclavos de las haciendas del valle, y que precedían a la riquísima y adornada anda en que iba la imagen de la Virgen. Por cierto que los más ostentosos habían sido ese año los de "Breña" que habían obsequiado un novillo adornado de guirnaldas, los de "Orbea", que habían presentado una ternera blanca y los de "Santa Beatriz" que como esclavos del Noviciado de los Jesuitas, no se habían hecho atrás para ofrendarle a Nuestra Señora, nada menos que un hermoso manto de terciopelo bordado. Pero aunque mortificada y silenciosa, no dejó la tía Jacobita de comentar con las dueñas que la acompañaban, que ese año la banda de "cachimbos" no se había desempeñado del todo bien, que las sahumadoras no hacían sino regodearse con los soldados y que eran va-

rios los "señoritos" a quienes había "pescado" muy en confianza con la plebe.

Completamente agotada entró en su casa de Lima, la tía Jacobita, de regreso de la Magdalena Vieja. Pero aun no había terminado su "via crucis" según ella decía. Enterada la condesa de la severidad con que había tratado a los esclavos, la recibió con este cargo:

—No sabes, Jacoba, lo que me mortifica que trates tan cruelmente a esos infelices. No te he hecho leer la última Real Cédula, en que nuestro Señor el Rey nos manda que tratemos benignamente a nuestros esclavos y nos advierte que estos pobres negros son hombres y no animales. (R. C. 31-V-1789) La verdad es que yo no entiendo tu piedad.

—Tampoco comprendo yo por cierto, tu excesiva blandura—repuso ajustando los párpados la tía Jacobita.—Ya has suprimido las marcas del "carimbar", el "rollo" y la penitencia de "pan y agua", tus engreimientos no se detienen en nada, ahora quieres acabar con los azotes, con este paso te aseguro que "crías cuervos que te sacarán los ojos". No sé quien te inculca estas ideas.

—No hago sino cumplir los deberes de una buena cristiana y obedecer los mandatos de mi

Señor el Rey y no estoy errada si creo que en ello no hay sino bienes; repuso la condesa.

—¡Ay Dios mío! — exclamó la tía Jacobita juntando las manos y elevando la mirada — recógeme en tu seno antes que tenga la desgracia de ver a esta pobre mujer y a su hija, sentadas en la calesa verde de la Santa Inquisición!

Y con ello terminó el diálogo.

VI

Mariquita no podía disimular por más tiempo la intensa impresión que le causara su primo. Era justamente, el tipo que ella anhelaba, la encarnación más completa de sus más bellos sueños. Insinuante, arriesgado, de espíritu abierto, de maneras desenvueltas y corteses, de carácter dominante, se sentía por él dulcemente cautivada, vendida. Al lado de Martín, temblaba, porque sabía que ya no valía por sí, que su conciencia perdía el control sobre su corazón. Lo amaba, ya no podía negarlo, con toda la fuerza de una pasión juvenil, con todos los bríos de su ardiente y tropical corazón.

Eran muy gratas para ella, las dos horas del día, en que por la severidad de la condesa, sólo podía verlo. Las horas de la merienda y de la cena, transcurrían veloces para la pareja, que se entregaba al más bullicioso y alegre coloquio,

sin importarles la severa mirada de Doña Trinidad, ni las maliciosas carantoñas y remoquetes que la tía Jacobita dirigía a su hermana.

Doña Trinidad, matrona de mucha discreción y talento, ya había meditado el asunto. No se le ocultaba el amor que el joven le había despertado a su hija, y tampoco pasaban desapercibidas para ella, las intensiones del sobrino. Bien comprendía que no era otro el objeto de su venida. Cualquiera otra madre hubiera despedido al interesado mancebo, pero ella, calculadora y reflexiva ya se había formado un plan. Si Martín, buenmozo, atrayente, vigoroso, observaba buena conducta y demostraba amor por su enamorada hija, ella no se opondría al matrimonio.

Dos motivos en su condición de aristócrata de rancio abolengo, influían poderosamente en su ánimo para esta decisión: el de la conservación pura y limpia de la sangre, por el matrimonio entre parientes, a lo que como todos los de su casta, era muy afecta; y al hecho de ser Martín peninsular, lo que equivalía a perpetuar por una generación más la estirpe, ya que el criollismo, se estaba pervirtiendo cada día más, con esas ideas inauditas y desastrosas, que había legado esa peste que asolaba a la Francia, que llamaban "Revolución Francesa", y que "La Gaceta de Li-

ma", de la que era asidua lectora la ponía al corriente.—Decapitar hasta a su Rey, no; ¿a qué excesos llegaríamos;—pensaba la noble señora. —Si sólo por simpatizar con estos actos, rechacé las pretensiones del condesito de las Viñas. ¡Ah! Entonces para qué se batió Martín con éste!— No había remedio Mariquita estaba destinada a casarse con un peninsular.

Resuelto este plan en la mente de la condesa, toda oposición era inútil, que a decidida y resuelta nadie la sobrepujaba, y así fué cómo todos los argumentos y todas las objeciones de Doña Jacobita, se estrellaron ante esta frase inapelable de la condesa:

—Hija mía, es inútil discutir. Matrimonio y mortaja del cielo baja, que si Mariquita está destinada a casarse con él, yo no me opongo que las opisiciones traen nada más que llanto y desgracias.

Enamorados ambos, libres de oposiciones, pronto llegó para los primos, el momento de la declaración, y fué nada menos que el día del octavario de Corpus Cristi, cuando acompañados de la condesa y de Doña Jacobita, concurrieron a la gran procesión del Santísimo, en la Plaza Mayor, a la que acudía todo el señorío de la capital. Allí fué donde Martín y Mariquita se abrie-

ron sus corazones, arrodillados en el suelo materialmente cubierto de flores, y bajó las caricias de un ruboroso sol de otoño, mientras la procesión avanzaba al compás de la música y al alegre repicar de la Mariangola de la Catedral.

Vieron pasar primero a un pelotón de alabarderos del regimiento de la nobleza, abriendo calle y ostentando sus vistosas casacas de terciopelo azul, con galones de oro; y calzones cortos de seda que lo mismo que las medias y las chupas eran blancas. Calaban éstos sombreros de paño con plumas y con hebillas de oro, y llevaban guanteletes, pistolas al cinto y las espadas desenvainadas. Seguían a continuación, la cruz alta y los ciriales; tras de ellos va el Alcalde de la ciudad con el pendón de las armas de esta; viene seguido de regidores y cabildantes. Marcha a continuación el numeroso concurso de los Títulos de Castilla y caballeros de las Reales Ordenes de Santiago, Alcántara, Calatrava, Montesa y Carlos III, ostentando casacas tachoneadas del oro de sus medallas, mantos con las cruces verdes, blancas y rojas de las Ordenes militares, y portando cada uno un cirio encendido. A relativa distancia los siguen las matronas lujosamente ataviadas envueltas completamente, entre las sedas y encajes de sus sayas y mantos, y lucien-

do la pedrería de sus aderezos; entre éstas se destacan, la condesa con basquiña de terciopelo negro adornada de encajes que termina en larga cola; cubierto con amplio manto de encajes finísimos y luciendo tembleques de brillantes en el cabello y un denario de perlas como avellanas; y Doña Jacobita, cuya plisada saya azul pastel, es una constelación de plumas, brillantes, záfiros y turquesas. Vése pasar luego al Alférez Real de la ciudad, marqués de Castellón, portando el morado pendón real; y luego tras de una legión de clérigos y religiosos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, La Merced, Compañía de Jesús, y San Juan de Dios, y de canónigos revestidos de finísimas y albas sobrepellices, viene del Santísimo, bajo un riquísimo palio de tela de oro y varillaje de plata, llevado por su Ilustrísima el Arzobispo de los Reyes.

Escoltando al Señor de las Alturas, viene el representante de Su Majestad en estos reinos. Viste el Excmo. Señor Virrey, que lleva peluca lacia y empolvada, casaca negra, bordada de oro en los filos y con doble hilera de ojales y botones; y bajo ella una gran chupa de lampaso rojo, bordada también de trencilla. Gorguera y botamangas de encaje adornan la casaca. El pantalón que termina ajustado con una charretera en

la rodilla, deja lucir blancas medias de seda y en los zapatines de cordobán de lustre negro, brillan hebillas de oro y pedrería. Sus manos enguantadas de seda blanca, empuñan el bastón de mando del que penden borlas de oro, y el negro tricornio en el cual hay un listón rojo sujeto por un broche de oro. Desfila rodeado de los Oidores y Fiscales de la Real Audiencia, quienes avanzan con la dignidad que les da las canas y la toga, y siguen a continuación, todos los empleados del Real Gobierno, en riguroso orden. El escuadrón Real de Infantería con banda a la cabeza, cierra la regia marcha.

Fué al pasar el Santísimo, cuando arrodillados bajo una arcada de uno de los portales que construyera el Virrey Marqués de la Monclova, cuando deslizó Martín al oído de su prima el más apasionado—Me quieres—y cuando ésta contestó el más dichoso — Sí.

—¿Me lo juras ante nuestro Dios?—balbuceó Martín.

—Sí—respondió débilmente Mariquita.

Y cuando terminada la procesión, sentados en la dorada calesa, retornaban a su casa, la pareja iba muda; no se hablaban, porque cuando se habla con palabras del corazón, de nada sirven las palabras del lenguaje.

—Tu silencio me pensiona, niña, ¿qué te hiciste durante la procesión?—preguntó de improviso la tía Jacobita.

Martín demudó, pero Mariquita, sin aparentar azoro, rápidamente le contestó:

—Te adelantaste tanto, para quitarle el sitio a la marquesa del Valle, que nos extraviamos entre la gente.

—No digas para quitarle el sitio, niña, que no hice sino ocupar el que me correspondía, por mi origen y por mi rango.

—Pero eso ante Dios, no vale nada, tía —contestó con picardía la niña.

Sintiéndose vencida, la tía Jacobita optó por callar.

VII

No podía explicarse la tía Jacobita la ceguera de su hermana, respecto de los amores de Mariquita con el intruso sobrino. Ya había agotado cuantos argumentos eran posibles. De la testarudez de Doña Trinidad, estaba segura, no obtendría lo menor.—Permitir que un descamisado, que un pelagatos, casi aventurero, vaya a obtener la mano de una criatura tan bella y tan dócil, como Mariquita. No; Trinidad se ha chiflado con este chapetón—pensaba la tía Jacobita arrellanada en un confortable sillón de su alcoba, una tarde de mayo, que la condesa y su hija, habían aprovechado, para visitar a la condesa de Montellano, que guardaba cama desde hacía tiempo.—Y tan antipático como es, tan dominante, tan pechugón, tentada estoy de creer que es brujo, y que ha hechizado a esta niña y a su madre. No quisiera juzgar, pero aseguraría que tiene relaciones con la "San Diego" esa mujer de Pa-

teta, que vive por los baños de Piedra Liza. ¡Ah, si yo fuera inquisidor! Que tal será que hasta a Chepa se la ha comprado. Y ¿que Trinidad no lea en sus ademanes los de un calvatruenos completo? ¡Batirse a la semana de haber llegado! ¡Ave María! Que por poco le quita la vida al condesito de las Viñas. Y tan mentiroso, tan descarado. Engatusar a Trinidad, que fué por defender al Rey de los desmanes del de Viñas, y a mí me consta que fué nada más que por Mariquita. Para que el Padre Baltasar me dijera el otro día: —Jacoba, Jacoba, Dios me perdone, pero medio descreído y alegrón me parece el godo que nos han traído.—Y esto que no lo quiera oir Trinidad. ¡Qué ciegas, madre mía, qué ciegas, se ponen las madres cuando crecen sus hijas!—Y dirigió sus miradas a una Dolorosa ricamente vestida, que encerrada en un guardapolvo de cristal, de forma oval, se hallaba colocada sobre una cómoda de palisandro y caoba tallada. La beatitud de la solterona, daba culto a esta imagen, a la que nunca faltaban flores, mixtura, y una lamparita de aceite. Un corazón claveteado de espadas, y un resplandor de filigrana de plata, finos trabajos de Huamanga, ambos engastados de perlas y de esmeraldas finísimas, denotaban la gratitud de la solterona, por los favores recibidos,

verbi gracia: que sanara de un empacho miserere "Chita", una bella gatita de Angora, que ella mimaba sobre toda ponderación; y que no se repitieran los terremotos en Lima, y como hasta entonces, no había habido ninguno, ella había cumplido, adelantándole a su venerada imagen el ex-voto convenido.

Al voltear la tía hacia la Virgen, notó que unas florecillas artificiales que la adornaban estaban muy cercanas a la lamparita, y temiendo un incendio, se levantaba, para arrimarlas un poco, cuando un repentino y violento sacudimiento extraño, que remeció puertas y ventanas haciendo crujir los cristales, la hizo salir corriendo y gritando del dormitorio, presa de horrible temor:

—¡Temblor! ¡Temblor! ¡Dios mío! ¡Misericordia, Señor! ¡Madre mía Dolorosa! ¡Santa Rosa de Lima, acuérdate de tu promesa! ¡Misericordia, Señor!...

Aun cuando el temblor ya había pasado, el pánico de la solterona, en vez de hacerla salir al traspatio, donde se habían reunido los criados al sentir el temblor, la hizo dirigirse por un pasadizo excusado que salía al patio principal de la casa.

Todo el susto y el temor de la solterona, se convirtió en sorpresa y espanto al llegar al pasa-

dizo. Al fondo de éste, delante de una reja, cuyos barrotes maravillosamente torneados semejaban un encaje de madera, estaban Martín y la esclava Rosalva, despreocupados al parecer del temblor. Martín, con la mirada embriagada y el ademán apasionado, apretaba con sus dos manos, una de la esbelta mulata esclava, la que satisfecha y tentadora, se dejaba acariciar por el señorito.

Maliciosa y astuta en un momento la tía Jacobita se dió cuenta de todo el entripado del asunto, y asombrada y avergonzada, aunque encantada en el fondo, sólo tuvo ánimo para santiguarse dos veces y voltearles la espalda.

—¿Qué he visto? ¡Ave María purísima!; iba balbuceando la tía Jacobita, cuando se presentó Chepa, la mama de Mariquita, envuelta en azul pañolón, alarmada por el temblor y porque la "ñía" no apareciera.

—Y su mecé impávida y fresca—dijo la negra y vieja esclava que, considerada y engreída, se gastaba bromas y hasta reprensiones con sus amas.

—No me digas nada, Chepa. ¡Ave María Purísima! Ni siquiera he rezado el Magnificat;— y penetrando en su alcoba, se arrodilló en el reclinatorio ante la Dolorosa y rezó en alta voz:

—"Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador"...

Esta noche se lo cuento a Trinidad, pensaba.

—"Porque ha puesto la mira en esta humilde sierva suya"...

—No; mejor mañana me consulto con mi Padre Baltasar. Y así continuó durante toda la oración.

VIII

Mariquita se hallaba desconsolada. Rosalva su hermana de leche, su compañera de juegos, su amiga y confidente, había huído de la casa de la noche a la mañana sin que hubiera mediado motivo alguno. Todas las búsquedas que había ordenado hacer la condesa, resultaron inútiles, y todos en la casa se encontraban apenadísimos por la desaparición de la engreída mulata, con excepción de la tía Jacobita, que se limitaba a sonreir.

—Tan dócil que era la pobre — exclamaba doña Trinidad, sentada en un sillón del escritorio, en donde se hallaba en compañía de su hermana. — Pobre muchacha. Qué suerte irá a correr.

—¿Qué suerte? La peor de las peores, y todo por culpa de extraños huéspedes — exclamó la tía con fuerza, levantando la mirada, con un movimiento de cabeza característico, hacia un óleo de factura quiteña, que representaba a la Reina de los Cautivos.

—No te entiendo, en verdad, Jacoba. ¿Qué quieres decir con eso? — preguntó la condesa.

—Si me hubieras hecho caso desde el principio, me entenderías. Dale gracias a Dios, de que haya sido Rosalva, y no tu hija — contestó la tía Jacobita, aumentando la curiosidad de la condesa.

—¿Que mi hija hubiera sido? ¿Pero qué quieres decir con esto, Jacoba?... — volvió a preguntar alarmada la condesa.

—Que tengas mayor cuidado con tus huéspedes, que no tienen ciertamente santas intenciones.

—¿Y qué huéspedes tengo yo, Jacoba?... Salvo que consideres a Martín con ese título.

—Ya se ve, pues. Ya ni siquiera es huésped para tí; ya es tu hijito engreído. Ten cuidado no más con tus engreimientos.

—Pero no te comprendo. ¿A qué viene esto? ¿Qué participación puede tener Martín en la desaparición de Rosalva?...

—Ninguna. Solamente la de haber faltado a tu casa, sosteniendo en tus barbas vergonzosos paliques con tu esclava, y tú, ni siquiera haz maliciado.

—¿Qué me dices?...

—Lo que oyes. Si de mí dependiera, no digo

le daba esperanzas sobre Mariquita, sino que lo ponía con cajas destempladas en la puerta de la calle, para que tomase las de Villadiego — exclamó iracunda, la tía Jacobita.

—Antipatías tuyas, Jacoba. ¿Puedo yo, acaso, creer en suposiciones y juicios infundados?...

—¿Juicios infundados llamas a lo que ven estos? — preguntó con vehemencia la solterona, incorporándose en el asiento, y señalándose los ojos. — Debes saber que yo antes de ayer los sorprendí conversando y acariciándose en el pasadizo. ¡Uf! ¡Qué asco! Y ¿qué ese canalla, raptor de negras, sea el pretendiente de Mariquita?...

La condesa, ante la fuerza de la acusación, permaneció en silencio. Al cabo de un rato, preguntó con voz apagada.

—Y tú, ¿cómo viéndolo, no me lo dijiste, Jacoba?...

—Porque yo soy así; no quise juzgar sin consultarme con mi padre Baltasar. Yo les tiemblo a los malos juicios. Mañana precisamente pensaba ir a San Francisco; pero ante el hecho de hoy, ya no cabe la menor duda. Y si no, sondea esta noche a ese sinvergüenza... ¡Bribón, badulaque! Tú no me querías creer a mí. ¡Ahí está! Casi podría decir que tengo gusto de que haya sucedido. Ahí tienes a tu sobrino tan honora-

ble y tan caballero, robándose a tus esclavas y labrando la desgracia de tu hija. Y tan malvado como es. Querer asesinarme a "Chita", con el tremendo puntapié que le propinó, por el sólo delito de negarle sus gracias y sus mimos. Y, ¿que tú te rías de este conato de crimen? Ahí tienes el resultado. Quien mal empieza, mal acaba. Qué tal será, para que mi Padre, lo conociera con sólo dos veces que lo ha tratado. Pero, en este caso, ni el Padre Baltasar, es autoridad para tí. Ante tu hijito engreído, no hay poder humano que se le enfrente...!

La condesa permanecía muda, dejando que su hermana descargase su andanada de reproches. Bien sabía que de oponerse a esta descarga, las acideces durarían todo el día, la gota se agudizaría y las jaquecas, se elevarían al do mayor, que es la nota de los regaños a los criados y de los soponcios consiguientes. Mientras tanto, reflexionaba. Examinaría a su sobrino, lo pondría como se dice vulgarmente en "cuarentena", para saber a qué atenerse. No se había imaginado la noble señora las preocupaciones que da una hija casadera.

IX

Nada que infundiera sospechas dejaba traslucir Martín. Todo lo contrario; cada día, se mostraba más afectuoso y cortés, con la condesa; más prudente y disimulado con la tía Jacobita, y más apasionado y amoroso con Mariquita.

El suceso de la desaparición de la esclava, lo había comentado sin djear un ápice para conjeturas, y las torceduras de ojos, tosesitas y movimientos de cabeza, que le hacía la tía, cuando trataba de este asunto, aparentaba no entenderlos.

Convencida estaba la condesa, que los juicios de su hermana, eran sueños, ilusiones o visiones, nacidos de la antipatía que le inspiraba Martín y antes bien, trataba de buscar el origen de la fuga de la esclava. El permiso, que a raíz del suceso, pidió un zambito jardinero de la casa-huerta de la Magdalena, para curarse en su casa por estar enfermo; la hizo sospechar. Había tanta coincidencia. Investigaciones en casa de éste,

no dieron resultados; él tenía, es cierto, herida la mano derecha; pero ello bien podía haber sido buscado intencionalmente, y esta última probabilidad reforzaba la sospecha.

Pero no se equivocaba la tía Jacobita. No eran sueños ni visiones, lo que ella sostenía. Era la realidad, la realidad que por presentarse a veces tan fría, tal helada, nos deja extáticos, inmóviles.

Una pasión, incontenible, furiosa, devoradora, atormentó a Martín desde el día que conoció a la mulata. Mal reprimida en sus comienzos, apoyada por ideas, que parecen al primer momento muy lógicas, excitada por lo fácil de la empresa, y por la continua visión del objeto anhelado, la pasión por Rosalva echó raíces, y desde entonces, ya no pensó en otra cosa Martín, que en hacerla suya.

Astuto y precavido, comprendió que no podía dejar traslucir su pasión, pues una sola sospecha de la otra parte, podía trastornarle los planes que tenía echados, respecto a su primita. Tenía que ser astuto, muy astuto. No dejó de reflexionar sobre los peligros de la empresa que emprendía, pero los resultados de sus reflexiones favorecían a su pasión. Leyendo en su corazón, sentía perfectamente que amaba a su primi-

ta. La belleza, la ingenuidad de ésta, lo tenían subyugado, la amaba, no cabía la menor duda, pero la amaba como se puede amar a un angel, adorándola, y temía que con su contacto venenoso, se ajase, se manchase, ese lirio purísimo. En cambio a los pies de su prima, hallaba el placer material, solo, enteramente solo. Rosalva lo atraía por su talle, por su arrogancia, por su frescura, lo embriagaba con su lisura, con su desenfado, con su entusiasmo, se le entregaba enteramente, se hacía suya. Sin vacilaciones, sin remordimientos, Martín venció obstáculos, y días después, Rosalva, la esclava, fugaba de la casa de su ama y señora, y quedaba alojada en casa de Jerónimo el calesero, en los extramuros del barrio de Malambo, por la portada de Guía.

—No se preocupe su mecé, que ni San Pedro en el cielo tendrá mayó desahogo que la Rosalva en casa. Allá con mi Juana tendrá de too — díjole a Martín, Jerónimo el calesero, que traicionaba así, a su ama y señora, para servir al señorito que se robaba los corazones, las voluntades y hasta "mi jonradé" como argüía el zambo.

Desde entonces, una jarana más, se contó en la alegre barriada de Malambo. Casi de diario se sucedían las noches de juerga, y era de ver la animación y el entusiasmo, que la airosa pareja

infundía a la casucha. Rodeados de gente alegre al compás de la melodiosa arpa, de la acompasada guitarra y del chispeante cajón, eran unas maravillas las zamacuecas que bailaban Martín y su prenda querida. Y de todo se bailaba; desde el gracioso "Gatito miz, miz", no sin pasar sobre la 'remensura" y el "Don Mateo", hasta el alborotado y destripante "Bate que bate", que según el decir de las viejas, desentierra muertos y entierra vivos. Y entre libaciones del espirituoso pisqueño y las coplas animadas, como:

"Tú dices que no me quieres,
¿por qué no me quieres, dí?
Yo dejo de ser querido,
sólo por quererte a tí...
Ahora, zamba, y cómo no..."

(De "Souvenirs de l'Amerique latinne", de Max Radiguet. — 1856)

"Dale fuego a la lata,
reina de Lima,
si no quieres que te eche
mi gato encima.

Dale fuego a la lata
cogoyo verde,
y líbrate del perro
que el perro muerde".

(De las Tradiciones, de don Ricardo Palma)

Martín respiraba a pulmón lleno, la vida, la vida que ansió tanto llevar...

La fecha de San Juan Bautista — 24 de junio — que en Lima motiva la "verbena de Amancaes", aumentó el jolgorio de los contertulios de la casa del calesero. Pocas veces vería la hermosa pampa, que como un azafate de oro se asienta entre los cerros que circundan Lima, una jarana tan magnífica y estupenda, como la que improvisara Martín aquel día. Nunca los amarillos "amancaes", que silvestres y lozanos crecen en la pampa, adornarían tan bien a un potro criollo, como el hermoso alazán, que con trote "gracioso y pinturero", llevó sobre sus ancas ese día a Rosalva, y tras de ella a Martín a la grupa. Veinte y cuatro horas duró la magnífica jarana, en la cual se cantó hasta enronquecer la copla que Martín improvisara, entre ensordecedores aplausos y taconeos:

"Una jarana como esta
de seguro que no la hay,
ni en Londres ni en Chicago,
ni en Bombay, ¡Uf! ¡Caray!..."

(Anónimo).

X

—Sí, mi señora condesa. Usuría debe proceder con calma. Un arranque precipitado, a fe que echaría a perder todo. Si su merced quisiera, yo le daría un consejo, que es a mi parecer el procedimiento más atinado — decía con voz melosa el franciscano Padre Fray Baltasar, acariciando con sus huesosas manos, las cabezas de leonas, que formaban los brazos del sillón de baqueta que ocupaba frente a la condesa.

—Hable su paternidad — contestó la condesa, — que precisamente para demandar vuestro consejo os he hecho molestaros en venir.

—Nunca sería molestia, mi señora Doña Trinidad. Ya sabe Usuría, que debe contar siempre con este fiel y sincero aunque indigno capellan. Pero bien, yendo al grano, debe su merced, mostrarse con todo el disimulo posible. Hágase como la que no vió nada anoche, cuando llegó Martín ébrio, prorrumpiendo en improperios, y mañana en hora conveniente, llámelo Usuría, y

manifiéstele, que necesitando que se inspeccionen sus haciendas de Cañete, Usuría lo comisiona para que lo haga, dándole una prueba de estimación y cariño. Con ello, consigue su merced que se separe de la mulata primero, y que entretenga sus ocios después. Puede ser que allá le entre el juicio. Mientras tanto hay que dar acá pasos en busca de la esclavita, y una vez encontrada, podemos asilarla en el Beaterio de Copacabana, que muchacha tan casquivana y abordable, no promete nada bueno.

—Su paternidad tiene razón, pero quiero decir que mi hija a la postre tiene que ser suya —preguntó la condesa preocupada.

—Si su merced logra hacer que Mariquita lo olvide, tanto mejor — contestó Fray Baltasar—pero esto yo lo creo obra de romanos. Yo he podido leer, mi señora condesa, en el corazoncito de nuestra condesita, una pasión muy firme, y Usuría, bien conoce su carácter. Sería trastornar mas la situación. Por otra parte el muchacho no es tan malo. Cierto que su acción ha sido fea, pero también es cierto que santo de nicho, difícilmente encontrará su merced para Marica, en estos tiempos tan revoltosos y desquiciados, y yo no soy nada devoto de estos santos. Si Martín se comporta bien en las haciendas, pronto se en-

tibiará la pasión, y para entonces yo le aconsejo a su merced que no lo rechace. Si él quiere verdaderamente a Mariquita, asentará el juicio. De todos modos, este viaje servirá de prueba, será su noviciado. Así es que mi señora condesa, quede Usuría en paz.

Y levantándose el franciscano, hizo una venia a la condesa y salió. El ruido que al caminar hacían las cuentas de su rosario, fué perdiéndose a medida que se alejaba.

Una semana después Martín partía para Cañete.

La contemplación de una fortuna conquistable, amortigua, muchas veces, la fuerza de las pasiones.

XI

Y pasó agosto y pasó setiembre y llegó octubre, con sus inseparables temblores y la clásica procesión del Señor de los Milagros, que salvara tantas veces a Lima de pestes y terremotos, y que amén de milagros "gordos" y milagritos, realizara el portento de que la pared donde un negro de Angola, místico y afiebrado, lo pintara sin arte pero artísticamente, se mantuviera erguida en medio de las ruinas de toda la ciudad.

Tres meses iban a hacer de la ausencia de Martín, tres meses que fueron tres siglos para la enamorada Mariquita. Ojerosa, pálida, desencajada, sin apetito en las horas de comer y desvelada en las de sueño, vivía la niña. Preocupada la condesa hizo llamar al médico de la familia, el "zambito Paredes", como se le conocía en privado, y el sabio "doctor Paredes", como se le llamaba en la calle. Por más esfuerzos que hizo éste,

no logró encontrar el menor síntoma de enfermedad en la niña.

—No le hagas caso, Trinidad; son engreimientos los de esta niña — argumentaba la tía Jacobita. Pero lo cierto era, que los días pasaban y Mariquita no tenía trazas de aliviarse. Sólo Chepa, la negra vieja que la había criado, se hallaba enterada de sus pesares, y ella era la portadora de las confidencias de la niña y del galán, que un "propio" de la hacienda, llevaba y traía quincenalmente.

En cambio, respecto a Martín, la condesa se hallaba encantada. Cierto era, que no se había podido dar con los rastros de Rosalva, pero que importaba Rosalva, si Martín se había olvidado de ella, y se encontraba con sus cinco sentidos puestos en las haciendas. "El señorito es un portento, mi señora condesa,—le escribía el administrador de la hacienda—empleados y esclavos, vivimos dichosos con su trato paternal. En el poco tiempo que tiene de residencia acá, ha reconstruído las bodegas, los toneles de vino se guardan hoy en sitios limpios, aireados y seguros; hemos puesto en práctica un nuevo método de siembra de guisantes que a juzgar por el estado actual va a darnos óptimos resultados; la cosecha de frutas se ha negociado en forma magnífica;

en fin, debo decirlo, mi señora condesa, que todo marcha en completa prosperidad, y que en nuestras oraciones por Usuría y su respetable familia, unimos las que elevamos a Dios Nuestro Señor, para que le conserve muchos años de vida al Señorito, que tan acertadamente maneja los intereses de Su Merced". No cabía duda. El consejo del Padre Baltasar había surtido sus efectos, pese a la tía Jacobita que afirmaba que el Administrador era otro de los embrujados.

Chepa, la mama de Mariquita, era hermana cofrade de la Hermandad del Señor de los Milagros, y tenía ofrecido asistir todos los años a la procesión, sahumando las andas del Señor. Para cumplir este devoto ofrecimiento, la condesa le proporcionaba, un riquísimo sahumador de plata labrada, del Oratorio de la casa, y ella lo llenaba de hojitas de romero, incienso, mirra, ámbar, y otros recinas, que al quemarse, producen humo fragante y agradable.

Con el fin de conseguirse las hojitas de romero que necesitaba, y que se dan en Lima, desde que las trajo don Alonso Gutiérrez, allá por días de la fundación de la ciudad; fué Chepa, vestida de hábito morado con cordón y escapulario blanco, al atardecer de uno de los días anteriores a la procesión, a visitar a una coma-

dre suya, llamada Candelaria, que vivía en una huerta por la portada de Guía. Fué ésta la que debía darle noticias de Rosalva.

—Imagínese usted misia Chepa—le decía en voz baja la comadre,—a mí no me gusta hablar de la vida de otra, Dió me perdone, pero hija, que vía la de esta muchacha. De diario eran las jaranas en casa de don Jeromo. ¡Ave María purísima! nunca creí que la Juana fuese tan buena maestra. El señorito venía pa allá, casi diario, por la tarde, como a la siete. Casi siempre pasaba la noche, o por mejó decí, la mala noche. Dió no me castigue Misia Chepa, pero ¡Ay hija! ¡qué zamacuecas, qué borracheras, qué indecencias! ¡Y qué lujo, hija por Dió! ¡Qué medias de las de la banda, y que no se las ponía lavadas! ¡Qué jubones de encaje, hija! ¡Qué "polizones" más bonitos los de sus trenzas! Como que nada le costaba........ Jesú señó todo lo que hemos visto,—bostezaba la comadre, haciéndose cruces en la boca para evitar que el diablo entrara en ella. — Y ahí la tiene usted hecha una noche, desde que el Señorito se le ha ido. Perdió al hijo hacen dos semanas, y está flaca como un perro, demacrada, fea, que no se le conoce. Aonde va a dá pué hija. Y que tosesita la que tiene. Ayer la encontré en el pilón. Me dió lástima la pobre

muchacha. Dió dijo hija mía "Todos semos hermanos". Me acerqué. ¿Cómo está usted señora Candelaria? me dijo y se echó a llorá. Pobre. Tarde se ha arrepentio. Yo no quiero creelo, pero me han decío que está tísica.

—¿Qué......?—preguntó azorada Chepa.

—Como usted lo oye misia Chepa. Aonde va a dá pué hija mía. Eso tiene que sucedé a toda muchacha loca, que toman su vida por el placé. —Y se quedó pensativa, rememorando seguramente su pasado. Cheja sentada a su lado, pensaba; de sus arrugados ojos, caían algunas lágrimas; al fin dijo:

—Mire, Ña Candelaria, mañana vengo pá í allá. Hoy no pueo. Es tarde y tengo que í al Prado por las "nueces de nogal" que se le han antojao o mi hija. Pobrecita, ella tamién sufre mucho, por culpa de la Rosalva, aunque no sabe lo del ñío Martín. Si ella sabe que la Rosalva está acá, seguro que quiere vení. Hasta mañana, pué, Misia Candelaria.

—Hija ¿y te vas sin tus romeos?

—¡Ay Señó! Con tanta contrariedá se olvida una de too. ¡Qué dirá mi Señó de los Milagros!

Y después de abrazar a su amiga, y envolver sus hojillas de romero en un amplio pañuelo de

payacate, salió a toda prisa. Al torcer la bocacalle, sintió las notas de una guitarra, y una voz aguardentosa que cantaba:

"Mariquita, María
flor de romero,
no le digas a nadie
que yo te quiero"....

(Copla popular)

Chepa, santiguándose, apuró el paso y pensó.

—Líbrame Señor de las malas tentaciones.

XII

Efectivamente, al día siguiente regresó Chepa donde su amiga para ir a la casa del calesero. Vivía éste al final de una polvorienta callejuela, en una casucha de barro, que tenía un portalito al lado, cubierto enteramente de parras. Este bello portalito, fué teatro de muchas alegres noches de juerga. Por el centro de la callejuela, corría una acequia, en cuyos bordes crecían, peregrinas, retamas, armangones, y muchas otras plantas silvestres. La calle era un cementerio. Un gran perro amarillo dormitaba bajo la escasa sombra que daba la copa de un sauce; y varios gallinazos, negros como el azabache, se disputaban una presa nada limpia al borde de la acequia. A pequeña distancia, sobre las copas de variados árboles, de las vecinas huertas, se divisaban las murallas, enteramente doradas por un fuerte sol de mediodía.

Grande fué la sorpresa de la mujer del calesero al recibir tan delatadora visita, pero Chepa la tranquilizó al momento, diciéndole:

—No se preocupe Misia Juana, que nadies sabrá nada, que mi hija me manda a socorré a la Rosalva.

—¡Ay Misia Chepa! Qué dirá mi señora la condesa. La Rosalva está malita, muy malita, dijo bajando la voz. Esta mañana le vino un hemorragia por la boca. ¡Jesú! que de sangre botó. ¡Pobre muchacha! Ahora está muy débil. Le estaba preparando casualmente un caldito de poyo a vé si se repone.

Efectivamente, Rosalva se hallaba horriblemente postrada. Recostada sobre una tarima incómoda y dura, mal cubierta por un jergón burdo y pesado, respiraba con dificultad. Sumamente pálida, con el pelo desarreglado, de su cara no se notaban, sino los ojos vidriosos, y los huesos de los pómulos que parecía que iban a saltar. Al notar la presencia de Chepa, se desmayó y solo después de los masajes y fricciones que le hicieron ambas mujeres con la mayor solicitud, pudo reanimarse. Fué entonces muy triste la escena:

—Doña Chepa, yo me muero. Tráigame al Padre Baltasar. Tenga piedad misia Chepa.

Acuérdese de los servicios que yo le he hecho. ¡Ay! mi amita y mi niña. Dígales misia Chepa que me perdonen, que yo me voy a morir, que estoy arepentida;......y lloraban inconsolablemente las tres mujeres.

Cuando regresó Chepa a la casa, no pudo contenerse; estaba tan abatida por el suceso de la mañana, que a solas se lo contó todo a su "hija". Esta lloró mucho al saber la noticia, y resuelta y decidida, se determinó a ir al día siguiente.

No habían dado las nueve en el reloj de la Catedral, y aun no se había levantado la Condesa, cuando entraba apurado el calesero por la puerta falsa de la casa de Portobello.—Misia Chepa, Misia Chepa. Aonde está Misia Chepa — gritaba éste vivamente excitado, buscando a la vieja esclava por el interior de la casona. Precisamente regresaba ésta con las sobras del desayuno, que acaba de tomar en su alcoba la "ñía Mariquita". En un ángulo del traspatio la alcanzó el calesero.—Misia Chepa ¿cómo ha amanecido usted? Rosalva está gravísima, se nos muere Misia Chepa, — exclamaba estrujando su sombrero y derramando lágrimas el viejo calesero.—¡Mi Señó de los Milagros!; exclamó Chepa,—¿pero qué ha tenido?—Está roncando des-

de la madrugada, Misia Chepa, con desmayo. Vaya usted que yo corro por el Padre Baltasar. Vaya, Misia Chepa, vaya; y acto continuo salió corriendo a toda prisa.

Una hora después la condesita de Portobello salía de "tapada", en compañía de su aya Chepa. Llevaba una amplia y asinturada saya de espolín grís, adornada con lentejuelas y alamares de seda blanca, y un manto de encaje negro le cubría busto, cabeza y cara dejando sólo en descubierto, uno de sus negros ojos. El devocionario de carey y el denario de esmeraldas, denotaban que iba a misa.

Pero no iba al templo, la joven condesita sino a cumplir lo que ella consideraba, no una obra de caridad, sino un deber fraternal, desde que sin tener en cuenta el color, ni la clase, Rosalva era para ella una hermana y una hermana querida. El cariño que le profesaba no había disminuído en nada con la fuga, antes bien, había aumentado por lástima. Mentiras eran las que le había contado su tía Jacobita. Ella no podía creer de Rosalva tal acción y de Martín tal impostura. Rosalva se había escapado para correr la vida, era cierto, pero no para amar a Martín, y si moría, moría por la vida que había llevado y por no tener una amita como e-

lla, que la cuidara como una hijita engreída, alimentándola a escondidas de la condesa solamente de golosinas, y obligando a otros criados a que hiciesen los reducidos trabajos a que estaba obligada.—¡Pobrecita! Por eso no más se muere; exclamaba llorando Mariquita, mientras apuraba el paso por las sucias callejas del barrio de Malambo, seguida a costa de grandes trabajos por Chepa y su reumatismo.

Llegar Mariquita a la casa, abrazarse de la esclava moribunda, y soltar el llanto, todos los presentes, fué cosa de un segundo. Ni el Padre Baltasar, que se hallaba sentado al pie de la tarima, pudo reprimirse, y gruesas lágrimas, caían sobre las gastadas páginas de sus "Oficios".—Rosalva, negrita, hermanita, háblame; le decía tiernamente Mariquita abrazándola. Rosalva apenas podía balbucear:—Perdóname ñía, perdóname. Con grandes trabajos lograron los presentes que se sentara la condesita, y ahí a los pies de su esclava moribunda, llenándola de las más tiernas caricias, pasó dos largas horas que fueron las postreras de Rosalva. Cuando ésta cerró los ojos para siempre, Mariquita se levantó bañada en llanto, le besó la frente ya fría, y regresó a su casa en la calesa, que mal podía dirigir el enternecido calesero.

Al ver regresar a la condesita llorando inconsolable, y enterarse todos en la casa de la noticia, la congoja y la pena se adueñó de los corazones. Vivamente enternecida, la condesa, dió ordenes respecto al entierro y autorizó los gastos, sin querer recibir al calesero, que sumamente afligido, quería echarse a sus pies para pedirle perdón.

—Estas muchachas locas; exclamaba la tía Jacobita mientras tanto hecha una furia; que hacen lo que quieren. Ahí tiene usted el resultado. Eche usted de ver. La esclava se suicida por su gusto, que no otra cosa ha hecho que un suicidio, y la niña va a verla para contagiarse. ¿Es posible niña, que hayas ido? A santo de qué necesitabas ir. Si esta de bóbilis, bóbilis, hace lo que le viene en gana. Y tu, Trinidad, con la bufonada y la bufonada se lo consientes. No te conformas todavía, niña, con lo que te ha hecho, sino que la buscas todavía para que te insulte antes de morir......Así paga esta gente y así vive. Ya ve usted. No les gusta sino la vida desarreglada. Y este es el fin, ya vé usted........!

—¡Jesús, hija!; exclamó doña Trinidad interrumpiéndola de improviso.—Tú pones las cosas de peor condición. Ya la pobre murió, per-

dónala. Mariquita ha hecho muy bien en ir, y si yo, hubiera sabido, hubiera ido también.

—¡Ave María purísima! Si lo que se ve hoy nunca se ha visto; exclamó santiguándose la tía Jacobita, y levantándose para irse.—En mis tiempos que se iba a ver esto. ¡Ay Señor! Bien dicen que "cuanto más se vive, más se sabe".—Chepa ten cuidado con las "natillas"—dijo volviéndose a la máma de Mariquita,—que ésto no es regalo de mes sino de santo y tu sabes lo disticoso que se ha puesto mi "padre" Baltasar.—Y sin querer provocar de nuevo a la condesa, abrió una mampara y salió de la estancia, con paso majestuoso y despectiva mirada, seguida de "Chita", su engreída gatita.

Pero las impresiones y la bilis, encuentran en ella campo propicio. Y esa noche nadie pudo dormir en la casa. A un cólico tremendo de "Chita", que hubo que curar con paños calientes en la barriguita sonrosada, siguió una terrible pesadilla de la tía Jacobita. Al despertar, después de increíbles trabajos de la condesa y de sus criados, dijo la tía Jacobita, que Rosalva se le había aparecido en sueños, envuelta en una capa roja, que le había pedido perdón y que le había suplicado que le mandase decir una

serie de "misas gregorianas", para el rescate de su alma. . .

Al día siguiente, a la hora en que sale de su templo de Nazarenas, la venerada efigie del Señor de los Milagros, para recorrer, seguida de numeroso tropel de gente las calles de la "tres veces destruída ciudad de los Virreyes"; se enterraba en la Capillita de Nuestra Señora de Guía, los restos de Rosalva, encerrados en un modesto ataúd de pino. Allí bajo la humilde techumbre de la apartada capillita, debía dormir "usque ad resurectionem mortuorum" la desgraciada esclava de la Condesa de Portobello.

XIII

El verano había llegado a Lima, con el año nuevo. El "señorío" de la noble ciudad se disponía a trasladarse a los Chorrillos o a la Magdalena, a pasar la canícula y los carnavales. La Condesa de Portobello, no resolvía nada, sin embargo. — Nunca has estado más porfiada Trinidad.—le había dicho hacía días la condesa de Sotoameno;—lo que es, debes saber, que si hasta el 15 no resuelves nada, Mariquita se viene con mis hijas a la Magdalena. ¿O quieres que la pobre muchacha se asfixie en esta casona?........

La determinación de la condesa, no era sin embargo, caprichosa, obedecía a que Martín le había escrito, que a partir del 10 de enero se embarcaba para Lima. Tenía, pues, que esperarlo. Alguna atención de su parte, se merecía el sobrino, que en seis meses había puesto sus haciendas en un pie, que no conocieron éstas,

ni cuando vivía el difunto conde, su esposo. Con decir que sus rentas habían aumentado, en quinientos pesos mensuales, basta. Ya no era sólo la simpatía, pues, la que le ligaba a Martín. Había un motivo más profundo, y éste era el agradecimiento.

Enorme fué la sorpresa de todos en la casa, cuando Martín se desmontó del caballo, que lo había conducido desde el puerto. Ya no era el joven guapo y elegante que se había ido, cuyos vestidos no podían tener una arruga. Venía completamente distinto, con las señales del trabajo, marcadas en su rostro. Sencillamente vestido, con casaca, chupa, y calzones de terciopelo negro, capa de rico paño segoviano, pañuelo de seda negra añudado al cuello y amplio sombrero de paja; llegaba con la cara y manos tostadas por el sol, y con el aire de cansancio y fatiga que deja el rudo trabajo del campo.

Con el correr de los días pudo advertir la condesa, que la variación no era solo en lo exterior. Interiormente también había cambiado mucho. Su trato más afable, su mirada más franca, su conversación más sensata, denotaban que su alma se había templado, que se había curado con la soledad y la meditación. Cuando tuvo oportunidad de conversarle la con-

desa acerca de los intereses, no pudo ocultar ésta el gozo que le proporcionaba, el interés casi propio que demostraba Martín. Hablaba de las haciendas y de los ganados, aplicando el "nuestro" con tanta naturalidad, y describía las mejoras que emprendería y los resultados que obtendría con tanta fé, que nadie que lo oyera, podía dudar, de que tratara de lo suyo. Encantado de la compañía de los de casa, ya casi no salía a la calle, se pasaba las tardes al lado de Mariquita, contándole sus planes y proyectos y ponderándole la felicidad que se avistaba. Su vida se había circunscrito a la condesa, a su hija y a los negocios de éstas. Había sin discusión asentado el juicio.

Una tarde serena y cálida de las primeras de febrero, resolvió hablarle a la condesa. La encontró sentada en un poyo de piedra del jardín de la casa-huerta de la Magdalena, abanicándose. De lejos se veía a Mariquita, entre los árboles, jugando con "Chita", la gatita de Angora de su tía Jacobita. Detrás de ella mostraba sus capullos blancos, una linda mata de jazmines del cabo.

—Tía, dijo tiernamente Martín, sentándose al lado de ésta. Yo soy huérfano. Perdí a mi madre hace algunos años. Entonces era yo to-

davía un niño, un niño muy engreído, y desde entonces, desde que me faltaron los besos de mi madre, he ido dando tumbos como un infeliz. No oí nunca las amonestaciones de mi buen padre, no las aprecié y traté de engañarlo, y lo engañaba para que no me dejara de dar la plata que después yo despilfarraba en un segundo. Yo no quiero seguir viviendo así, yo quiero reaccionar. Dáme la mano que si no puedo caer en el abismo. De tí depende el que sea feliz. Dáme la mano de Mariquita, a quien adoro, y tu reemplázame a mi madre, a mi madre querida...... ¡Pobre mi madre! añadió derramando gruesas lágrimas; me acuerdo que la víspera de su muerte, una tarde nevada de invierno, estando yo arrodillado ante su lecho y abrazado de ella, me dijo mientras con su débil mano me acariciaba los cabellos:—Martín, hijo de mi alma, yo me muero, pero desde allá velaré por tu felicidad. — Sí, madre mía; tu no puedes abandonarme nunca... exclamó bañado en lágrimas.

Estas palabras hicieron accionar las fibras más sensibles del corazón de la condesa. Volteó la cara, y vió junta a ella, a Martín con las manos entre las piernas, la cabeza agachada, y derrmando copiosas lágrimas. Su corazón de madre latió muy fuertemente y vió en Martín

arrepentido, a su Carlitos, que de la "peste negra" (viruela) muriera hacía ocho años, cuando después de alguna travesura, venía ante ella lloroso a pedirle perdón. No pudo contenerse; el acento de Martín era tan tierno, su ademán tan sincero, su arrepentimiento tan claro, que llorando lo abrazó. Era para ella su Carlos, su Carlos idolatrado y perdido que volvía.

—Hijo mío, reemplazaré a tu madre, pero prométeme ser para mi hija un esposo modelo, que yo también soy madre y no vivo sino por su felicidad.

—Sí, madre mía, sí, exclamó Martín, y desprendiéndose de los brazos de la condesa, desapareció al punto. Corría a San Francisco, a descargar su conciencia, ante el Padre Baltasar.

XIV

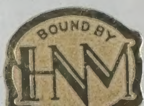
A la mañana siguiente, el Padre Baltasar, oficiaba en el Oratorio de la casa de la condesa de Portobello. Arodillados en él se encontraban todos los miembros de la casa con excepción de la tía Jacobita, que no asistía porque se hallaba con jaqueca desde la noche anterior. Asistían también el calesero y su mujer ya perdonados por la condesa. A la hora de la comunión, fueron los primeros en acercarse al comulgatorio Martín y Mariquita, la que en la placidez de su semblante, denotaba la felicidad que la embargaba. Una vez que recibieron la sagrada Forma, y mientras los demás comulgaban, Mariquita que estaba arrodillada junto al novio, le dijo al oído:— Por Rosalva— y Martín emocionado, balbuceante, nervioso, con toda su alma respondió:— Por Rosalva.

Un mes después debían contraer matrimonio.......................

— FIN —

PORTADA DE

OSCAR CHAVEZ MOLINA


BOUND BY

